

INTRODUCCIÓN

Miguel Ángel Quintana Paz

Esas palabras, “templado” y “moderado”, atañen o bien a la cobardía política, o bien a lo artero, o a bien a lo seductor. Una cosa moderadamente buena no es tan buena como debería ser. Tener un carácter moderado es siempre una virtud, pero ser moderado en los principios constituye siempre un vicio.

Thomas Paine



Simios moderándose. (Foto: Dean Moriarty | Pixabay).

Durante las últimas décadas, más aún si cabe los últimos años, un espectro se cierne sobre la derecha política española: el espectro de la radicalidad. Pocas cosas hay que provoquen allí más pánico. Pareciera que la no izquierda puede ser (y de hecho es) muchas cosas: centralista o regionalista, liberal o conservadora, eurofederalista o euroescéptica, confesional o laicista, abortista o antiabortista; pero desde luego una sola cosa sí tiene vetado ser: contundente, radical en los principios, firme en ellos —justo aquello que Thomas Paine encomiaba como la sola muestra de genuina virtud—.

Esto explica que en un año tan temprano como 1977 no solo la UCD de Adolfo Suárez (que portaba explícito en su nombre el término “Centro”), sino también otro de los partidos que recogía buena parte de las élites anteriores, la Alianza Popular de Manuel Fraga, se reclamasen ya en aquellas primeras elecciones no de derecha, sino “de centro”¹. Esto

¹ Diario Ya, “Alianza Popular, a la izquierda de Centro Democrático. Fraga Iribarne dijo también en un almuerzo que su partido no constituye una fuerza de

explica que desde la llegada de José María Aznar en 1989 al liderazgo del Partido Popular, pasando luego por todos y cada uno de sus sucesivos líderes (Mariano Rajoy en 2004, Pablo Casado en 2018, Alberto Núñez Feijóo en 2022), se haya anunciado como novedad programática “el viaje al centro”; viaje que parece tener por tanto una duración tan, tan luenga, que se comprende que suscitara en su día el sarcasmo de Alfonso Guerra: “Este PP que lleva años viajando al centro y todavía no han llegado... ¿de dónde vendrán, que tardan tanto?”.

La mentada obsesión por moderarse, esta inveterada manía por centrarse, ha caminado todos estos lustros de la mano de un desprecio por las ideas: batallar contundente por ellas no casaba bien con la ambición de convertirse en “moderaditos”. Así, el centro-derecha de la moderación ha sido siempre también el centro-derecha que ha blasonado de su capacidad de gestión de la economía, de ocuparse “de lo que de verdad preocupa a la gente” (que al parecer son solo las cosas del parné); ha sido el centro-derecha que ha aupado al mando de la Administración a serios abogados del Estado, circunspectos inspectores de Hacienda y sobrios registradores de la propiedad (quizá con algún que otro consultor de las *Big Four* algo más dinámico), mientras desdeñaba el combate de ideas como una rareza propia de escritores en las páginas de Cultura de los suplementos dominicales o de profesores extravagantes en sus círculos intelectualoides.

Ahora bien, ¿por qué ha ocurrido así? ¿Cuáles son las causas de que solo la izquierda haya entendido (y se haya lucrado de) la importancia gramsciana de cultivar la hegemonía cultural? ¿Responde este fenómeno a una peculiaridad solo española, caracteriza en exclusiva las últimas décadas, o más bien refleja una tendencia generalizada por todo Oc-

derecha”, 13 de marzo de 1977; ABC, “Declaraciones de Martínez Esteruelas en Teruel: ‘Alianza Popular es un partido moderado, de inspiración centrista’”, 9 de junio de 1977.

2 Para una dilucidación de este término, permítaseme la autocita: Miguel Ángel Quintana Paz, *El moderadito*, The Objective, 25 de febrero de 2021, <https://theobjective.com/elobjetivo/opinion/2021-02-25/el-moderadito>.

cidente y que acaso se remonte a datas pretéritas? Este desprecio del centro-derecha por las ideas ¿qué repercusiones ha tenido en la conformación de los diálogos en nuestra esfera pública? ¿Es posible escapar de esa flema antiintelectual y construir entre nosotros un proyecto que no aluda solo a la tecnocracia, al “saber gestionar mejor”, sino también a principios, ideas, virtudes que resulten inspiradores para amplias capas de la población que no quieran ser izquierdistas? ¿No será mejor a largo plazo una apuesta por las ideas en vez de por irse moderando, esto es, acercando a los “consensos” que la izquierda haya ido marcando... y que, de hecho, aspira a seguir marcando como obligatorios incluso cuando ya no gobierne, porque intuye que un centro-derecha ansioso de pasar por “moderado” no se atreverá a tocar?

Nos ha parecido que todas estas preguntas —junto con otras relacionadas que es probable que a usted, amigo lector, le estén pululando ya por la mente—, ameritaban respuestas; es más, respuestas desde diferentes ángulos. Y esa es la convicción que ha dado origen a este libro. En él, doce voces, junto con la de un servidor, exploran críticamente ese grito de guerra tácito (aunque a menudo más que evidente) que parece haber inspirado a la no izquierda desde ha tiempo: “¡Menos ideas y más moderación!”. Congregamos aquí respuestas surgidas en España o Brasil, en Guatemala o Chile; respuestas desde el campo de la historia o de la filosofía, desde la politología o desde el periodismo. Participan en este libro desde un exministro a profesores universitarios, desde asesores políticos a expertos en asuntos eclesiales. El tono de las respuestas también varía: las hay más académicas o más literarias, menos contenidas o menos exaltadas. Pero estamos seguros de que, una vez leída esta compilación, el lector comprenderá mejor esa extraña obsesión de tantos y tantos políticos derechistas: la obsesión por caerles bien, o al menos no caerles demasiado mal, a los partidarios de opciones políticas que nunca les votarán. La obsesión por presentarse como “centro centrado”³.

3 Tomo la expresión, hoy popular en las redes sociales españolas, del vídeo musical satírico que la ideó (y que a fecha de edición de este texto lleva ya más de 211.000 visualizaciones): Flug, *Centro centrado*, 5 de marzo de 2021, <https://youtu.be/yMguo7CyQdc>.

La obsesión por viajar a un paraíso del moderantismo, al cual (y acertaba ahí en el fondo Alfonso Guerra) parecen no conseguir nunca llegar, un poco como Aquiles no podía alcanzar jamás a la tortuga —sobre todo si esa tortuga resultó ser una liebre que corre rauda hacia hitos cada vez más progresistas⁴—.

* * *

Efectuemos un rápido repaso, a vista de pájaro, de las trece colaboraciones que reúne este libro.

En su primer capítulo, el historiador Pedro Carlos González Cuevas, uno de nuestros mejores estudiosos del pensamiento político de derechas en los dos últimos siglos, va directo a la principal consecuencia del desprecio que ha sentido la derecha política y social por la batalla de las ideas: la soledad del intelectual adscrito a esa misma corriente ideológica. Una soledad que, como bien muestra González Cuevas, no es nueva; hunde sus raíces hasta un régimen que, en apariencia, debería haber sido favorable a tales desarrollos ideológicos: el encabezado por Francisco Franco entre 1939 y 1975. Este capítulo explora también la situación actual, con un diagnóstico agrídulce: por una parte, persiste en muchos ámbitos de la no izquierda ese descuido o incluso desdén hacia lo intelectual, si bien parece, por otro lado, apuntarse por fin un cambio de rumbo en otras esferas. El propio texto de González Cuevas, y este libro recopilatorio en su conjunto, editado por la Fundación Disenso, aspiran modestamente a formar parte de tal giro.

El segundo capítulo es el elaborado por Urko Heller, joven abogado que publicó una primera versión de este en *La Gaceta de la Iberosfera*

4 Ha reflexionado fértilmente sobre el interminable viaje al extremismo que caracteriza a la izquierda el pensador estadounidense Curtis Yarvin, del cual hemos recogido algunas ideas en Miguel Ángel Quintana Paz, *Cuatro filósofos para afrontar 2023*, *The Objective*, 4 de enero de 2023, <https://theobjective.com/elsubjetivo/opinion/2023-01-04/cuatro-filosofos/>.

a inicios de 2023; publicación que, confesamos, fue la chispa que prendió en nosotros la idea originaria de ponernos manos a la obra con este volumen. Heller, que coincide *grosso modo* con el balance de González Cuevas, identifica también en la Restauración y II República a varias derechas que sí que captaban la importancia de las ideas, mientras que serían luego la Guerra Civil y el franquismo los que irían determinando el distanciamiento con respecto a ellas y el énfasis en el pragmatismo político (tal vez por un comprensible motivo en aquellos días: lograr unificar tradiciones —como la falangista, la carlista, la monárquica, el republicanismo más conservador...— que, más allá de su rechazo al izquierdismo radical, poco tenían que ver entre sí). El lector encontrará en este capítulo de Heller el análisis más detenido del último siglo de historia ideológica de la derecha en España, un asunto al que se recurrirá de forma repetida en varias otras de las colaboraciones aquí reunidas, por lo que constituye un buen mapa con que orientarse a lo largo de toda la lectura posterior.

En una línea similar a la de los dos textos reseñados, un simple filósofo como es un servidor aporta el tercer capítulo de este volumen, en el



Individuos que tratan de escuchar el mensaje, demasiado moderado, que queda al otro lado del muro. (Foto: 1195798 | Pixabay).

que ya desde su título ha querido plantearse sin ambages la pregunta que, a este respecto, le resulta más acuciante: “¿Por qué odia la derecha española a sus intelectuales?”. Tras un repaso histórico y un diagnóstico del presente (más apresurados ambos que los aportados por Heller, pero también más concentrados que los suyos en el mundo intelectual), la conclusión del texto queda un tanto abierta, también a la esperanza: parece que por fin hay un giro en buena parte de la derecha política y social de nuestro país, que han comprendido que limitarse a gestionar y conformarse con la “moderación” es una jugada perdedora en el mundo cada vez más hambriento de principios, ideas, respuestas a todo lo que nos está ocurriendo.

Estos tres capítulos iniciales pueden considerarse como una pequeña trilogía movida por similares ánimos y enfoques; en el cuarto capítulo, de José María Marco, este historiador y filósofo que tanto y tan fecundamente ha explorado nuestro pasado más reciente nos abre a una respuesta de otro signo. Una respuesta bien iluminadora para comprender que la izquierda española ansíe aludir una y otra vez a su pasado (pese a resultar este todo lo contrario que santo), mientras que la derecha parezca querer huir una y otra vez del mismo (pese a contener haberes de no escaso valor en su herencia). La metáfora que nos propone Marco (y que, permítaseme la confesión personal, un servidor ya ha incorporado a sus recursos explicativos siempre que esta cuestión se le suscita) es la de contemplar nuestro país como un gran manicomio donde conviven un psicópata y un neurótico. El psicópata no reconoce ningún mal que haya hecho; el neurótico, en cambio, vive obsesionado con cada pequeña falta pasada. Es imposible, dada esta diferencia entre ambos, cualquier diálogo sano. El psicópata, el lector lo habrá ya vislumbrado, representa a nuestras izquierdas; el neurótico, a nuestra derecha. Por eso es tan difícil en España una comunicación salutífera entre ambas.

El consultor político, y antiguo miembro del grupo de análisis Politikon, Jorge San Miguel Lobeto nos proporciona el quinto capítulo de esta recopilación, titulada “De las derechas a ‘las derechas’: pluralismo y unidad en la derecha española 1975-2019”. Volvemos con él, por

tanto, a un análisis histórico de lo ocurrido con la no izquierda en nuestro país, si bien en este caso el foco se centra solo en las décadas posteriores al fallecimiento del general Franco. San Miguel argumenta que el espacio de la no izquierda, aunque a menudo haya acudido a las urnas durante esos años más o menos unificado en torno a unas únicas siglas (UCD, AP, PP), lo cual ha repercutido a la sazón en su apuesta por lo tecnocrático y lo “moderado”, en realidad siempre ha presentado dentro de sí una pluralidad vibrante de ideas, que en ciertas ocasiones (como el presente) han hallado con toda probabilidad su momento para expresarse de modo proficuo si de cosechar éxitos políticos se trata.

En el caso de que no ocurra así, de que se prosiga en la obsesión exclusiva por “moderarse”, el capítulo sexto, a cargo del profesor y columnista Óscar Monsalvo, sugiere buenos motivos para repudiar esa insistencia. Monsalvo repasa varias de las miserias que acarrea el empeño centro-derechista por “ser (y, sobre todo, ser visto como) moderado”. Este repaso resultaba imprescindible en un libro como el presente, dado que a menudo los turiferarios de la moderación insisten en vendérsola por su sedicente superioridad ética frente a los presuntamente deplorables “radicalizados”, “polarizados” o “populismos extremistas”. Monsalvo nos recuerda que no hay nada de especialmente moral en que “una parte de la derecha [haya] terminado por creerse el cuento de que lo que ahora se llama ‘guerra cultural’, que antes era simplemente la defensa continuada de ciertos principios, valores y referentes políticos, es algo de lo que se puede prescindir”.

Ahora bien, esa renuncia a la defensa sólida de ciertos principios, ¿es para el centro-derecha, al menos, una estrategia electoralmente fructífera? Con el fin de responder a esta pregunta precisábamos de una politóloga que conociera bien los intrínquilos de “las derechas” en España, y pocas personas más capacitadas que Pilar Rodríguez Losantos para tal balance. De modo que es a ella a quien debemos el capítulo 7 de este libro. Con una conclusión que resulta demoledora: “aunque sea difícil de entender”, arguye sarcástica Rodríguez Losantos, “cuando los votantes quieren apostar por el socialismo votan al PSOE. Y cuando quieren huir de él, no votan a aquellos que quieren imitarles porque

entienden que están subyugados a su superioridad moral: apuestan por los valientes que, de izquierda o derecha, saben que con los principios ser blando es un fracaso moral, personal y, sobre todo, estratégico”. Resuena en Rodríguez Losantos, pues, la sentencia de Paine con que encabezábamos esta introducción.

Los capítulos 8 y 9 comparten un mismo ángulo analítico: fijarse en el rol que ha tenido la Iglesia católica española en todo el comedimiento con que se ha afrontado, durante las últimas décadas, la lucha contra las políticas y leyes izquierdistas, a pesar de lo mucho que esas políticas y leyes —en especial durante los últimos años de gobierno socialista-podemita (2018-2023)— han embestido contra la visión cristiana del hombre en asuntos de no pequeña relevancia (aborto, eutanasia, libre determinación de sexo...).

El periodista especializado en asuntos religiosos y experto en la Antigüedad clásica José María Sánchez Galera nos brinda el primero de esos aportes, en el capítulo 8. Allí identifica un culpable claro en los fracasos continuados, durante las últimas décadas, del catolicismo español a la hora de conformar la sociedad según su inspiración cristiana: ese culpable es, para Sánchez Galera, el clericalismo, la dependencia excesiva de los católicos laicos con respecto a una jerarquía eclesiástica que, demasiado a menudo, ha mirado más por sus intereses que apostado por enfrentarse al siglo. “La conclusión lógica a la que llegan” muchos fieles, aduce Sánchez Galera, “es que el cristianismo es una suerte de *consolatio* emocional sin apenas efecto en la vida pública, más allá de buenos sentimientos y de procurar que no haya personas que sufran”. Urge pues que los laicos católicos caigan en la cuenta de que su lugar no es permanecer un tanto cohibidos en la vida pública, dependientes de lo que la jerarquía capitaneé o diga, sino de que son tan “*alter Christus* como el mismísimo papa”, y por tanto pueden lanzarse al mundo secular, su espacio propio, con tanto protagonismo como el que más. Y con tanta contundencia.

Más categórico aún es el periodista y asesor político Andrés Rojo Corral, cuya contribución literaria “¡Una última vez más!”, que funge como

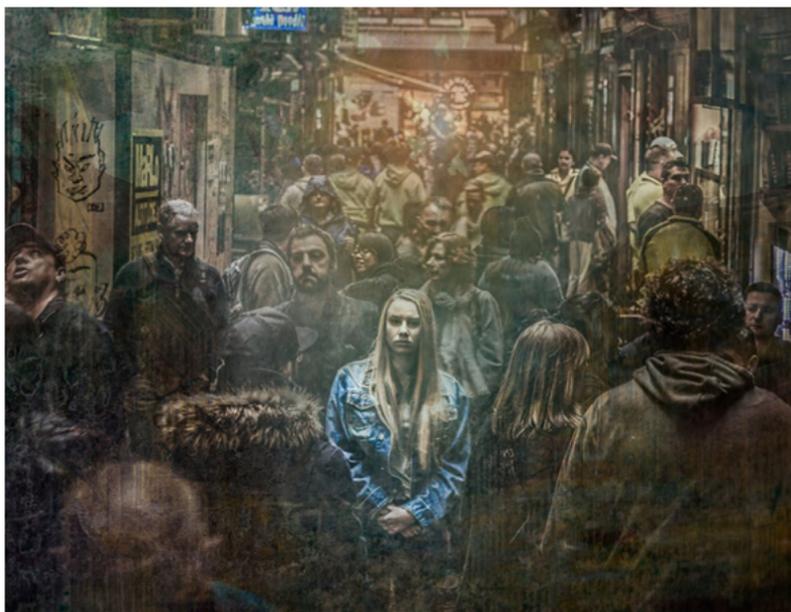
capítulo noveno de esta recopilación, se atreve tanto con una crítica punzante a la Iglesia católica posterior al Concilio Vaticano II, como con una esperanza ciertamente original, que a algunos les recordará a aquel “Nur noch ein Gott kann uns retten” (“Solo un dios puede salvarnos todavía”) con que se tituló en 1976 la entrevista póstuma al filósofo Martin Heidegger que publicó *Der Spiegel* diez años después de efectuada. Rojo, que es bien consciente de lo extemporáneo de su anhelo, lo acompaña en su texto con algunas de las mejores definiciones del “moderantismo” que usted, amigo lector, hallará en este libro. Y le propondrá, también a usted, un divertido reto, que nos confiesa que a él le suele deleitar: cuando venga a toparse usted con un moderado, planteéle una pregunta bien afilada: “Pero vamos a ver: tú, ¿en qué crees? ¿Cuáles son tus convicciones?”. “La escena que se produce a continuación es, a veces, tremendamente divertida”, nos avanza este autor, y en su contribución podrá hallarse un chispeante análisis de la misma.

* * *

Los capítulos del 1 al 9 de esta compilación se concentran, como puede colegirse de la pequeña presentación que acabamos de elaborar de ellos, en la vertiente española de esa ansia de cierta derecha por moderarse. Tiene sentido, dado que es la vertiente cuyas aguas nos llegan con mayor ímpetu. Ahora bien, incluso si quisiésemos limitarnos a comprender tan solo lo que nos ocurre en España, faltaría a tal investigación abordar preguntas sobre el contexto histórico y geopolítico en que tales avatares se producen. Es lo que hemos deseado acometer en los capítulos del 10 al 13 de este libro. Donde damos la palabra además a otros autores de la Iberosfera, convencidos de que lo que se percibe en Chile, Brasil o Guatemala no es nunca del todo ajeno a la vida de un español.

Comienza esta segunda parte del volumen con el iluminador capítulo del periodista y crítico cultural valenciano José Javier Esparza, el décimo, titulado “Por qué murió la vieja derecha (y dónde encontrar a la derecha nueva)”. Allí las preguntas que durante la parte primera se han focalizado en España adquieren un marco más general, que concierne a nuestro Occidente todo. Y se proporciona además una respuesta a

la pregunta (que ha sobrevolado también toda la primera parte) sobre qué significa eso de ser “de derechas”. Esparza nos otorga una respuesta cuando menos inspiradora: “en la historia política del mundo moderno, que es un río demencial, la derecha ha sido siempre el sedimento, lo que iba quedando, (...) lo que ha impedido que el río sea más demencial de lo que ya de por sí ha sido”. Por eso se congregan bajo el rótulo de “derecha” ideas políticas bien diversas entre sí —según han ido siendo unos u otros los baluartes que se han ido blandiendo contra los sucesivos e incansables avances del izquierdismo—. Y bien, ¿cuál podría ser entonces la derecha, el sedimento, que hoy podría poner coto a los arreones más recientes (y desquiciados) de la izquierda contemporánea, aliada de las megacorporaciones más capitalistas y de las instituciones gobernantes más globales? Esparza tiene claro que en la actualidad (a diferencia de otros momentos del pasado, en que fue su aliada) la derecha no puede, siguiendo este análisis, sino dirigirse contra los poderes establecidos. Y que, por consiguiente, pocas veces ha sido más pertinente que hoy día la idea de una “revolución” de derechas.



(Foto: Grae Dickason | Pixabay).

Nadie mejor para hablarnos de las dificultades de ese enfrentarse desde la derecha a los poderes establecidos que el diplomático Ernesto Araújo, que pudo vivirlas en primera persona como ministro de Relaciones Exteriores del Brasil con el Gobierno de Jair Bolsonaro (2019-2021). Araújo —que es discípulo del filósofo, también brasileño, Olavo de Carvalho— critica en el undécimo capítulo de este libro la que él etiqueta como “derecha permitida”, que a su juicio es inevitable ver ya como el complemento necesario y la aliada objetiva de la izquierda actual (lo que el citado Olavo de Carvalho denominaba “teatro de las tijeras”, por los dos filos, izquierdo y derecho, que tal instrumentos cotidiano también posee). Esa “derecha permitida” es además heredera de un balance erróneo de lo que significó la caída del Muro de Berlín: no se trató nunca de que ya no fuese necesario, una vez constatada la victoria occidental en el campo económico y geopolítico, apostar por los principios morales e intelectuales de nuestra civilización. Bien al contrario, como ya detectó Plutarco en el siglo I, y sabría recoger luego Donoso Cortés en el XIX, “es cosa más fácil fundar una ciudad en el aire que constituir una sociedad sin creencia en dioses”. Con todo y con eso, una recuperación de esa inspiración religiosa resulta ardua, para Araújo, cuando habitamos también tiempos de una “Iglesia permitida” que, bajo el papado de Francisco, no trata ya de actuar contra el mundo, sino de integrarse en esa curiosa mezcla *made in China* de autoritarismo político y capitalismo acelerado que va copando la realidad internacional.

Si los análisis de Esparza y Araújo ponen el foco en esa realidad como conjunto (aunque proporcionen algún ejemplo más centrado, en el primer caso, sobre España y, en el segundo, sobre Brasil), la contribución que la politóloga Christa Walters hace a esta segunda parte del presente volumen (y que ocupa su capítulo 12) es la más ceñida al caso concreto de un país. En este caso, el suyo, Guatemala. Su análisis resulta iluminador por cuanto detecta allí de nuevo una “falsa derecha”, que solo verbalmente defiende los principios conservadores (por otra parte, ampliamente extendidos entre la población de su país), pero que en la práctica asume prácticas de corrupción institucionalizada que abre la vía a las denuncias (y quizá el poder creciente) de la izquierda. Este modo de desnaturalización de la derecha política moderantista, como

mera fachada tras la cual ocultar la corrupción más inmoderada, y el hecho de que tales hábitos acaben proporcionando más y más poder a las izquierdas, no nos resulta desconocido en España, donde el PP “moderado” de Mariano Rajoy resultó ser también el PP inmerso en numerosos casos de corrupción, y el que sirvió de preámbulo al acceso al gobierno del PSOE y Unidas Podemos. Se diría que cuando uno entra en política sin mucho ánimo de batallar, corajudo, por sus principios acaba batallando en todo caso, sí, y bien corajudo, pero por su bolsillo.

El último y decimotercer capítulo de este volumen recopilatorio es el aportado por la profesora, columnista, filósofa y politóloga chilena Vanessa Kaiser, titulado escuetamente “Sin palabras”. Kaiser efectúa allí una denuncia terminante de la nueva amenaza dual que hoy afronta la libertad en nuestro mundo: el de una clase política que aspira a ocupar el gobierno “mundial de una vez y para siempre”, y el de la “plutocracia neomercantilista internacional”; ambos escudados bajo la excusa de ser la única solución para “salvar el planeta”. Se engaña la que Kaiser etiqueta como “derecha acomodaticia” si cree que podrá salvarse ante esta descomunal amenaza (como tantos otros moderados se han engañado a lo largo de la historia mundial creyendo que podrían controlar a los revolucionarios de izquierda más desatados): la deshumanización intrínseca a este nuevo proyecto de dominación global no se frenará ante nadie, al igual que tampoco quisieron frenarse revolucionarios del pasado como los soviéticos, que también perseguían “la destrucción de las naciones, la pérdida de soberanía y la disolución de las familias”.

* * *

He aquí, en suma, trece miradas sobre el mundo de la “moderación” que son también trece miradas sobre nuestro mundo *tout court*. Para los triscaidecafóbicos cabe argüir que, con esta introducción, los textos que aquí presentamos son en realidad catorce. Para aquellos con fobia más bien hacia el mundo al que nos conduce hoy la derecha “moderada” y la izquierda en su conjunto, fobia hacia la mentalidad que patrocinan tanto las agencias de la ONU como las series de Netflix, fobia hacia la cosmovisión que se dicta desde las universidades *woke* norteamericanas

y que difunde el periodismo de las grandes cadenas, para todas estas y otras razonables fobias similares, creo que proporcionamos aquí un útil prontuario de recursos teóricos con que armarlas. Ojalá el lector sepa utilizarlos con tan escasa moderación como poca es la que inspira su escritura. Y ojalá su éxito sea, asimismo, poco moderado.